

Recuperar la capacidad transformadora de la política



Daniel INNERARITY ⁽¹⁾
Universidad de Zaragoza

Las sociedades actuales, si quieren asegurar su supervivencia y bienestar, están obligadas a incluir cada vez más el futuro en sus cálculos. Pero son escasos los diseños de ese futuro. El futuro tiene malos abogados en el presente y padece una debilidad crónica. El problema de nuestras democracias es que el antagonismo político está absorbido por el presente. Vivimos a costa del futuro, en una completa irresponsabilidad en relación con él. La lógica del *just in time* y del corto plazo se pone de manifiesto en fenómenos muy diversos: en la hegemonía de la lógica de los mercados financieros que se impone sobre otras dimensiones de la economía; en la presión que ejerce el tiempo de los medios de comunicación y frente a la que el sistema político muestra una preocupante vulnerabilidad; en el sensacionalismo que antepone lo espectacular y catastrófico frente a, por ejemplo, a la ayuda al desarrollo; en la concepción instantaneista de la democracia que se manifiesta en el hecho de que las decisiones políticas estén atrapadas por los plazos electorales... La lógica de lo urgente desestructura nuestra

relación con el tiempo, subordinado siempre al momento presente.

Este es el contexto en el que se inscribe la falta de ambición colectiva de nuestras sociedades, la extenuación del deseo, nuestro miedo difuso, el repliegue sobre los intereses individuales y la carencia de perspectiva. Se podría decir que ha triunfado el proceso sobre el proyecto, el *post* sobre el *pro*, y las conductas de anticipación tienen un tono más bien de prevención y precaución que de prospectiva y proyecto. Esa miopía temporal está afectando a nuestra capacidad de representación del porvenir. No es la urgencia la que impide elaborar proyectos a largo plazo sino la ausencia de proyecto la que nos somete a la tiranía del presente. El movimiento contemporáneo, la adaptación incesante al cambio que se nos exige, es vivido conforme a una lógica de la supervivencia, no de la esperanza. A fuerza de explicar que los "grandes relatos" han muerto, su lugar ha sido ocupado por la defensa de los "derechos adquiridos"; el hueco dejado por la imaginación del futuro ha sido ocupado por la preocupación del instante; donde no se prepara el futuro, la política se limita a gestionar el presente.

⁽¹⁾ Daniel Innerarity es Doctor en Filosofía y Catedrático de Filosofía en la Universidad de Zaragoza.

1 ■ ¿Adaptación o proyecto?

Este panorama de incertidumbre respecto del futuro está en el origen de algunas renuncias al esfuerzo de la prospectiva y a la configuración intencional del futuro. La semántica del progreso que impulsó los procesos de modernización, ha sido sustituida por la retórica de la necesidad, bajo conceptos como competencia o modernización. Hay quien ha transformado el principio hegeliano del “conocimiento de la necesidad” en “aceptación de las tendencias”. Los programas, reformas y estrategias se han rendido ante una lógica de adaptación.

Si no hay anticipación, la acción política se reduce a gestionar las urgencias, cuando ya no hay márgenes de maniobra. Como decía Talleyrand, “cuando es urgente, ya es demasiado tarde”. La política se abandona al *muddling through*, en el que mandan los plazos cortos y las soluciones provisionales sustituyen a los grandes proyectos de configuración, de manera que los mismos problemas reaparecen una y otra vez en la agenda política. La política pierde así su función de actor configurador y adopta el estatuto de jugador reactivo o reparador de daños.

No es extraño entonces el fenómeno de la desafección, que refleja, no tanto una decadencia de las obligaciones cívicas, cuanto una cierta racionalidad de los electores, que expresan así con su desinterés la pérdida de significación real de la política en relación con el curso de la historia. La actual crisis de la política no es una crisis asociada a momentos de ruptura y decisión sino el hecho de que no hay nada que decidir, que las dinámicas sociales se hayan emancipado frente a las posibilidades de configuración intencional haciendo de la política algo irrelevante.

La renovación de la política pasa por una reformulación de la anticipación cognoscitiva del futuro y su configuración, bajo las condiciones de la actual complejidad. No habrá ningún futuro mejor si no podemos hacernos una imagen de él. Cuando se está interesado en modificaciones

reales, el primer paso es un buen análisis del propio presente que permita hacerse una idea de los futuros posibles desde aquello que se considera deseable.

Y no se trata sólo de acertar en la observación de un entorno al que simplemente hubiera que adaptarse. Hay que explorar también todas las posibilidades de anticipación y configuración. Hablar hoy en día, en una época que disfraza su falta de ideas como improvisación inteligente, de gobierno del futuro equivale a hacerse acreedor de la acusación de propiciar un estatismo planificador. Las actuales evidencias colectivas hablan de la lógica de la competencia, la dinámica del mercado y la contingencia de la evolución. Pero este mundo aparentemente desregulado exige planificación y anticipación en una medida hasta ahora desconocida.

La idea tradicional del estado soberano se encuentra muy debilitada ciertamente, pero esto no significa que las sociedades deban renunciar a su deseo de autoconfiguración. Lo que ocurre es que la configuración del futuro se ha de llevar a cabo ahora con mayor reflexividad y conciencia de los propios límites, de una manera coordinada y flexible, más a través de regulaciones que de intervenciones directas. Son formas de abordar la complejidad del futuro para las que no resulta útil la contraposición entre mercado y jerarquía, pues requieren sistemas de cooperación, con una constelación de actores múltiples. Lo que de este modo se pierde de soberanía es recuperado bajo la forma de iniciativa e intervención. Para elaborar un proyecto concertado no es necesario tener una idea determinista del porvenir. Que se haya perdido el control absoluto sobre la sociedad no significa que se hayan desvanecido las posibilidades de configurarlas por relación a un futuro deseable, sino que esta aspiración debe ahora ser llevada a cabo de otra manera, tal vez sea incluso más democrática y eficaz que las viejas planificaciones supuestamente soberanas.

Es una gran verdad aquella idea de Hannah Arendt de que los seres humanos vinculados por un proyecto concertado tienen una superioridad sobre aquellos a los que no vincula ninguna

promesa y carecen de intención. Pero cualquier proyecto sólo es posible en un entorno considerado como abierto y, al menos parcialmente, indeterminado. Presupone una visión optimista de la realidad social y de nuestras capacidades de combatir el destino que ahora se presenta con diversos ropajes: como aceptación sin crítica de lo que hay, como pasividad reactiva que sólo se pone en marcha en el registro de la urgencia o como declaración de que otro mundo es posible y bastaría para lograrlo con recurrir a los procedimientos tradicionales.

2. La configuración política del futuro

La política es precisamente el intento de civilizar el futuro, de impedir su colonización por un pasado determinante, su monopolio ideológico, o su abandono a la mera inercia administrativa. La política tiene por objetivo configurar un horizonte común de sentido en el que se articulen las expectativas individuales con el progreso colectivo. Desde hace ya tiempo se viene constatando la dificultad de la política para configurar ese futuro, en la medida en que va dejando de ser una actividad que constituye, renueva y transforma el orden social. Tres son, a mi juicio, los factores que están contribuyendo a la pérdida de relevancia de la política: la privatización de la realización personal, el asedio que procede de otras esferas de la vida pública como la economía, el derecho o la comunicación, que quieren hacerla superflua y, correlativamente, la propia debilidad de la política a la hora de generar el cambio social.

Dicen las encuestas que los jóvenes están imbuidos de "optimismo individual y pesimismo colectivo" y muestran interés por "la cosa común", pero no "de forma colectiva". Tienden a pensar que el futuro es un asunto exclusivamente individual y no algo que compete a la política. Ha tenido lugar lo que Klaus Offe ha llamado "privatización de la utopía": el futuro se privatiza, pluraliza y fragmenta. Tenemos una idea privada de la felicidad, que ya no está asociada a proyectos colectivos, ni se entiende como algo posibilitado por un contexto social. Concebimos el espacio público como irrelevante en orden a nuestra felicidad, como mero garante de lo privado, no como lugar de ampliación de lo privado. Nuestro actual destino parece ser el *sálvese quien pueda* en medio de unas fuerzas impersonales que proceden de la globalización, la burocracia y la tecnología, en una sociedad sin política, sin esperanza colectiva, incapaz de imaginar y promover un futuro común alternativo.

De la política se espera solamente protección para desarrollar un proyecto de realización personal. Desprovista de toda fuerza de transformación

social, la política queda subordinada a una sociedad entendida como amalgama de individuos privados, consumidores, accionistas, clientes, cuya única relación con la política es su aparición ocasional como electores, a través de la protesta o en la auscultación de los sondeos.

Al mismo tiempo la política se encuentra asediada por otras lógicas que achican su espacio. La política se desvanece frente al poder de lo mediático y lo financiero, de los mercados y la judicialización. La política es débil frente a la poderosa competencia de los flujos financieros y los poderes mediáticos; su espacio propio se pierde en los formatos inéditos de la globalización y frente a las exigencias particulares que plantean los procesos de individualización. Se trata de fuerzas que pretenden convertir a la política en una actividad prescindible. El mundo se unifica en el plano económico y comunicativo, sin que hayamos conseguido una correspondiente sincronización política como la que designan los objetivos, todavía incumplidos, de la multilateralidad o la gobernanza global. La agilidad y sincronización de los mercados contrasta con el analfabetismo político de la sociedad mundial.

Nuestro principal desafío es cómo reaccionar frente a las nuevas figuras del destino, que ya no son la tradición, el orden público o el sometimiento, sino esas formas de agitación que nos exigen adaptarnos a un movimiento planetario ineluctable. Porque, si fuera verdad que se ha acabado la política, ¿qué significaría esto para nosotros?. Supondría el fin de ese limitado control sobre el destino que conseguimos las sociedades humanas cuando decidimos entre todos los asuntos colectivos, sin confiarlos al saber de los expertos, a la furia de los fanáticos o a la burocracia administrativa.

Pero la principal amenaza contra la política procede de su propia debilidad, que imposibilita esa forma de futuro que hace posible la política cuando transforma, reforma o plantea alternativas. Las reformas sociales profundas, entendidas como el resultado de una acción planificadora llevada a cabo por actores eficaces y conscientes, son un fenómeno inverosímil en las sociedades

contemporáneas. *En sistemas veloces y dinámicos, orientados a unos presentes extremadamente cortos, no se puede y tal vez no se debe querer cambiar significativamente las condiciones de la acción futura* (Luhmann). Se ha impuesto la idea de que la complejidad social no puede ser políticamente modificada. Este pesimismo alcanza incluso a la idea misma de gobierno y planificación, obsoleta y frente a la que se impone el "ir tirando", o, en el mejor de los casos, una improvisación inteligente. Hemos pasado de la euforia de la planificación al pesimismo de la gobernanza. Frente al "gobierno", lo que se presenta son más bien "evolución sin plan", "autorregulación social", "cierre autorreferencial de los subsistemas sociales", régimen de los "efectos secundarios" e incluso "ingobernabilidad". Y el estado se transforma desde una concepción como centro de poder a una instancia de coordinación que ha de ocuparse de *gestionar las interdependencias sociales* (Mayntz). La decisión y la iniciativa ha sido sustituidas por la interactividad. En cualquier caso, las constelaciones y las dinámicas son más importantes que las intenciones de los actores.

Ahora bien, se puede subrayar un aspecto positivo de la crisis de gobernabilidad y entenderla como una oportunidad para transformar la política en una línea más democrática y respetuosa con el protagonismo de la sociedad civil. Porque la capacidad de configuración de la política no se realiza a pesar de sus límites sino bajo las condiciones de limitación. Podríamos decir que esa resistencia de las cosas y de las sociedades a ser gobernadas constituye una fuente de aprendizaje para la política y una garantía frente a los liderazgos incontestables. Probablemente era tan ilusoria la fe en el carácter todopoderoso de la política como la actual creencia de que es impotente o irrelevante. Lo que ocurre es que hay otras formas de actuación sobre la sociedad diferentes de la dirección autoritaria.

Que la política sea una configuración del futuro quiere decir que en ella se realiza una peculiar lucha contra el destino, contra el mundo de los hechos presentados como indiscutibles. La política es el esfuerzo de transformar la fatalidad en

responsabilidad. Una de las cosas que más merecen ser protegidas de nuestra tradición democrática es precisamente el rechazo del destino que se traduce en la voluntad de descubrir, comprender y transformar. El futuro depende de nuestras decisiones y compromisos más de lo que pensaron quienes elaboraron la idea moderna de progreso como una fuerza irresistible a la que podíamos abandonarnos confiadamente; tampoco los cínicos tienen razón cuando contemplan el presente actual como algo inevitable. El futuro no es tanto algo que deba adivinarse como algo que debemos imaginar y construir. La gran cuestión no es por tanto qué nos espera sino qué vamos a hacer, sustituir las grandes disculpas ideológicas por los proyectos concretos.

Supongamos que efectivamente los grandes relatos que construían y ordenaban nuestra experiencia se han agotado. Esto puede ser algo más liberador que limitante, dado que las grandes narraciones contenían también sus propio fatalismo. Tal vez en ese lugar vacío se inaugure una nueva posibilidad. La política no puede eliminar completamente el destino ya que no es posible imaginar un mundo sin limitaciones. Pero la idea misma de la política ofrece una visión diferente del destino, personal y colectivo. La política es una pequeña rebelión contra el prejuicio de que todo está ya decidido y resulta inalterable.

La política es una combinación singular de visión y pasión, de perspectiva y determinación, por la que no dejamos de percibir la realidad como es, pero al mismo tiempo nos proyectamos más allá de lo meramente dado; es conciencia de los límites y voluntad de superarlos. La política sin visión se pierde en el ajetreo cotidiano y acabamos llegando a dónde realmente no deseábamos; pero si le falta pasión, la política resulta incapaz de hacer frente a la resistencia fatal de los hechos, a los que se acomoda fatalmente, sin llegar a donde se había propuesto.

Puede que el contenido y el estilo de la política dentro de unos años nos resulte irreconocible, comparada con la de hoy. Pero la necesidad de la política no desaparecerá. Más aún: la política

no ha sido nunca tan necesaria, debido a la magnitud de los problemas que nos aguardan y que exigen una acción colectiva. Si no podemos resolver esos problemas a través de la política, no los podemos resolver de ninguna manera.

3. Salir del pesimismo

Creo que buena parte de lo que le pasa a la izquierda en muchos países del mundo es que se limita a ser la anti-derecha, algo que no tiene nada que ver, aunque lo parezca, con una verdadera alternativa. Se ha dicho que la izquierda tiene dificultades en movilizar a su electorado y hay quien piensa que esa operación vendría a ser, no tanto despertar la esperanza colectiva como inquietar al electorado para ganarse la preferencia que resignadamente nos hace decidirnos por lo menos malo.

Por decirlo sintéticamente: hoy la derecha es optimista y la izquierda pesimista. Tal vez el antagonismo político se articule actualmente más como disposición emocional que como proposición ideológica. Lo que ocurre es que las emociones y las ideas se relacionan más estrechamente de lo que solemos suponer. Si examinamos las cosas de este modo, percibiremos el desplazamiento ideológico que está teniendo lugar. Tradicionalmente la diferencia entre progresivo y conservador se correspondía con el pesimismo y el optimismo, en el orden antropológico y social. Mientras que el progresismo se inscribía en un desarrollo histórico hacia lo mejor, el conservadurismo, por decirlo con expresión de Ernst Bloch, ha estado siempre dispuesto a aceptar una cierta cantidad de injusticia o sufrimiento como un destino inevitable. Pero esto ya no es así, en buena medida. El estado de ánimo general de la derecha, que tiene su mejor exponente en Sarkozy, es todo lo contrario de la resignación: decidida y activa, sin complejos, confiada en el futuro y con una firme resolución de no dejar a nadie el mando de la vanguardia. Esta disposición es lo que está poniendo en dificultades a una izquierda que, aun teniendo buenas razones para oponerse, no las tiene a la hora de proponer algo mejor. Si recoge las causas de los excluidos o se convierte en abogada del pluralismo, no lo hace para construir a partir de todo ello una concepción alternativa del poder, y eso se nota en la mala conciencia de

quien sabe que no está haciendo otra cosa que reclutar aliados.

La izquierda es, fundamentalmente, melancólica y reparadora. Ve el mundo actual como una máquina que hubiera que frenar y no como una fuente de oportunidades e instrumentos susceptibles de ser puestos al servicio de sus propios valores, los de la justicia y la igualdad. El socialismo se entiende hoy como reparación de las desigualdades de la sociedad liberal. Su legitimidad procede únicamente de la pretensión de reparar aquello que ha sido destruido por la derecha o proteger aquello que es amenazado por aquella. Pretende conservar lo que amenaza ser destruido, pero no remite a ninguna construcción alternativa. La mentalidad reparadora se configura a costa del pensamiento innovador y anticipador. De este modo no se ofrece al ciudadano una interpretación coherente del mundo que nos espera, que es visto sólo como algo amenazante. Esta actitud recelosa frente al porvenir procede básicamente de percibir al mercado y la globalización como los agentes principales del desorden económico y las desigualdades sociales, dejando de advertir las posibilidades que encierran y que pueden ser aprovechadas. Movilizar los buenos sentimientos e invocar continuamente la ética no basta; hace falta entender el cambio social y saber de qué modo pueden conquistarse en las nuevas circunstancias los valores que a uno le identifican.

La primera dificultad de la izquierda para configurarse como alternativa esperanzadora procede de esa especie de "heroísmo frente al mercado" (Grunberg / Laïdi) que le impide entender su verdadera naturaleza y le hace pensar que el mercado no es más que un promotor de la desigualdad, una realidad antisocial. Para una buena parte de la izquierda razonar económicamente es conspirar socialmente. Piensa que lo social no puede ser preservado más que contra lo económico. La denuncia ritual de la mercantilización del mundo y del neoliberalismo procede de una tradición intelectual que opone lo social a lo económico, que tiende a privilegiar los determinismos y las construcciones frente a las oportunidades ofrecidas por el cambio social. Desde este punto de partida

es difícil comprender que la competencia es un auténtico valor de izquierda frente a las lógicas de monopolio, público o privado, sobre todo cuando el monopolio público ha dejado de garantizar la provisión de un bien público en condiciones económicamente eficaces y socialmente ventajosas.

Y es que también hay monopolios públicos que falsifican las reglas del juego. A estas alturas sabemos bien que existen desigualdades producidas por el mercado, pero también por el Estado, frente a las que algunos se muestran extraordinariamente indulgentes. En ocasiones, garantizar a toda costa el empleo es un valor que debe ser contrapesado con los costes que esta protección representa respecto de aquellos a los que esa protección impide entrar en el mercado de trabajo, creando así una nueva desigualdad. Enmascarada tras la defensa de las conquistas sociales, la crítica social puede ser conservadora y desigualitaria, lo que explica que la izquierda está actualmente muy identificada con la conservación de un estatus.

Esta actitud conservadora podría redefinirse en términos de innovación política modificando los procedimientos en orden a conseguir los mismos objetivos: se trata de poner al mercado al servicio del bien público y la lucha contra las desigualdades. La nostalgia paraliza y no sirve para entender los nuevos términos en los que se plantea un viejo combate. No es que una era de solidaridad haya sido sustituida por una explosión de individualismo, sino que la solidaridad ha de articularse sobre una base más contractual, sustituyendo aquella respuesta mecánica a los problemas sociales consistente en intensificar las intervenciones del Estado por formulaciones más flexibles de colaboración entre Estado y mercado, con formas de gobierno indirecto o promoviendo una cultura de evaluación de las políticas públicas.

Y la otra causa de que la izquierda se presente actualmente un aspecto pesimista es su concepción únicamente negativa de la globalización, que le impide entender sus aspectos positivos en orden a la redistribución de la riqueza, la aparición de nuevos actores o el cambio de reglas de juego

en las relaciones de poder. Al insistir en las desregulaciones vinculadas a la globalización, la izquierda corre el riesgo de aparecer como una fuerza que protege a unos privilegiados y rechaza el desarrollo de los otros. Es cierto que la dinámica general del mundo nunca había sido tan poderosa, pero también tan prometedora para muchos. ¿O acaso no existe alguna relación prometedora entre el proceso de la globalización y la emergencia de un mundo multipolar?

Por eso la izquierda del siglo XXI debe poner cuidado en distinguirse del altermundialismo, lo que no significa que no haya problemas graves a los que hay que buscar una solución o que deba abandonarse la posición crítica, pero sin ceder a la letanía de deplorar la pérdida de influencia sobre el curso general del mundo. En lugar de proclamar que "otro mundo es posible", más le vale imaginar otras maneras de concebir y actuar sobre este mundo. La idea de que no se puede hacer nada frente a la globalización es una disculpa de la pereza política. Lo que no se puede es actuar como antes. La izquierda no se librará de ese pesimismo que la atenaza mientras no se esfuerce en aprovechar las posibilidades que genera la mundialización y orientar el cambio social en un sentido más justo e igualitario.

4. Mas allá del poder y la impotencia

Una sociedad postheroica necesita una política que se ejerza más allá de la alternativa enfática entre el poder y la impotencia. Tanto en el discurso ideológicamente voluntarista como en el derrotismo neoliberal resuena el eco de tiempos heroicos en los que mandar era entendido como mandar absolutamente, como una disposición soberana, sin verdaderos interlocutores, sin respetar la complejidad social. Pero hay vida política en el poder limitado y en la impotencia bien gestionada. El fracaso de la política, que unos celebran y otros lamentan, es una tesis que no puede acreditarse históricamente ni medirse empíricamente. En ocasiones se desacredita a la política desde el modelo de una competencia inalterable, como si los problemas sociales estuvieran condenados a la disyuntiva de ser solucionados mediante una política soberana o estar abandonados a su suerte.

Para que la política recupere capacidad configuradora debe protegerse a sí misma frente a la tentación voluntarista de concebirse como solucionadora universal de los problemas de la sociedad. Uno de sus peores enemigos es la ilusión de que le corresponde una obligación universal, la confusión del gobierno de las condiciones generales con el gobierno de todo. Renunciar a este maximalismo permitiría la redefinición de lo político, de manera que no apareciera constantemente como un héroe fracasado. Autolimitación de la política no equivale a la idea de "estado mínimo" ni a una concepción restringida de lo público en beneficio de la sociedad civil, del mismo modo que la desestatalización o reformulación del papel del estado no tiene por qué significar despolitización. La decisión acerca de dónde y en orden a qué fines se establece esa limitación, es una decisión política y no el resultado de una constatación científica o de una exigencia ética.

Así pues, las promesas heroicas de un control político sobre la sociedad están obsoletas. ¿Cómo actuar en esa pérdida de seguridad? ¿No nos

queda otro remedio que rendirnos al cierre operativo de los sistemas funcionales, entregarnos al destino y a la arbitrariedad? Renunciar a la semántica de la crisis, la pérdida y la decadencia, no significa renunciar a una configuración política de la sociedad, sino dar una nueva oportunidad a la democracia como conquista contingente y estable de la evolución de nuestras sociedades. Reconocer sus limitaciones no es una disculpa para que la política se cruce de brazos y se abandone a una evolución incomprensible e incontrolable. El sistema político es capaz de originar procesos que hagan posible la emergencia de constelaciones deseables. Aunque la emergencia no se puede producir intencionalmente, la política puede generar una cultura en la que se incremente la verosimilitud de un futuro como el que se espera. A pesar de que la política nunca estuvo tan limitada en su margen de actuación, nunca fue tan decisiva como hoy.

Pero todo esto exige otra manera de entender el poder y transitar hacia una manera de hacer la política más relacional y cooperativa, que no esté pensada sobre la idea de la jerarquía y el control. Aunque esté omnipresente, el poder como imposición es un modo atávico, suboptimal, de regular los conflictos. La focalización tradicional de lo político sobre el poder desnudo permanece atrapada en una concepción heroica de la política. Las posibilidades de configuración política se declinan actualmente de otra manera: influencia, diplomacia, entendimiento, deliberación, procedimiento. Cuando el sistema que ha de controlar es también y al mismo tiempo el sistema controlado, la idea de un control unilateral resulta algo obsoleto, como ilustra la metáfora del termostato al que apela Bateson para mostrar que no termina de estar claro quién manda sobre quién. La forma de poder que mejor reduce la complejidad consiste en no necesitar imponer, configurando formas de condicionamiento mutuo, que renuncian a la unilateralidad o la amenaza. Una teoría postheroica de la política no implica una política impotente. Sigue habiendo poder y decisión, pero estas propiedades ya no corresponden a personas concretas o actores

colectivos. Si la función del poder es la regulación de la contingencia, entonces quien tiene el poder ya no es un sujeto heroico que debe decidir — en su forma personal o institucional— sino el proceso general en el que se equilibran el acuerdo y el disenso.

Si la política no se puede justificar ni a partir de su designio planificador, ni por su capacidad de promover un consenso que se rinda ante la evidencia del saber disponible, ¿qué le queda? Será socialmente relevante y sobrevivirá como instancia de configuración social en la medida en que desarrolle una espacial capacidad de observar y aprender. Pero entonces, como advertía Niklas Luhmann, la política debe entender su relación con la sociedad como una relación de aprendizaje y no de enseñanza. La política sirve para que la sociedad reflexione sobre sí misma como totalidad y aprenda a gestionar su incierto futuro colectivo. Nada más y nada menos.

5. Una esperanza razonable

Tengo la impresión de que los problemas de la política no proceden de haber cedido precipitadamente al realismo ni de haber renunciado a la utopía, como suele decirse, sino de algo que es anterior. En el origen de su falta de vigor está la conformidad con un reparto del territorio según el cual a la derecha le correspondería gestionar la realidad y la eficiencia, mientras la izquierda puede disfrutar el monopolio de la irrealidad, donde se movería sin competidor entre los valores, las utopías y las ilusiones. Unos tienen realidad sin esperanza y otros esperanza sin realidad. Es esta cómoda delimitación del territorio lo que se encuentra en el origen de una crisis general de la política: aceptada la ruptura entre el principio de placer y el principio de realidad, entre la objetividad y las posibilidades, la derecha se puede dedicar a modernizar irreflexivamente, sin el temor de que la izquierda consiga incomodarla con su utopismo genérico y desconcertado. La derecha puede permitirse el lujo de tener algunas dificultades con los valores mientras la izquierda siga teniéndolas con la realidad. Y el reparto apenas seduce a los electores, que probablemente desearían poder elegir de otra manera.

Así entendido, el realismo político equivale hoy a constatar la impotencia a la hora de configurar el espacio social. ¿Y si, en el fondo, la política no fuera otra cosa que una discusión acerca de lo que entendemos por “realidad”? Porque la realidad no es lo fáctico ni se reduce a lo actualmente posible. También pertenecen a la realidad sus posibilidades y sus imposibilidades provisionales, su indeterminación y apertura. La realidad de la vida humana, la realidad de las sociedades es una mezcla de posibilidades e imposibilidades, que están en parte abiertas y en parte cerradas a la acción. Como afirmaba Sartre en sus diarios, cada presente tiene un futuro al que ilumina y con el que desaparece. Que todo es posible de otra manera no significa que todo sea posible, pero también es cierto que los “realistas” suelen tener un concepto muy estrecho de la realidad, poca

sensibilidad hacia otras posibilidades laterales. Tal vez la cuestión política fundamental no sea tanto la de los ideales y los imaginarios, como la idea que se tiene de lo real. Ya Tocqueville nos enseñó que el utopismo y el empirismo son dos maneras, indisociables, de dejar la realidad intacta. El primero no acelera su movimiento más que de manera ilusoria: el retorno a la realidad termina imponiéndose. El segundo no la frena más que de manera igualmente ilusoria: el dinamismo interno de la sociedad acaba imponiéndose. En ambos casos la realidad es abandonada a su suerte.

Pues bien, si eso es así, lo mejor que puede hacerse frente a una concepción conservadora de la política es combatirle en el terreno de la realidad, discutir su concepción de la realidad. Sería la única manera de no repetir el viejo error de la izquierda de jugar en un campo en el que es inevitable que la derecha lo haga mejor. A la derecha no debe oponérsele una ensoñación sino otra descripción de la realidad que sea mejor. La batalla no se gana mediante la apelación genérica a otro mundo sino en la lucha por describir la realidad de otra manera. La izquierda no convence cuando se sitúa como si estuviera reñida con la realidad como tal, sino cuando es capaz de convencernos de que la derecha hace una mala descripción de la realidad. Sería catastrófico dar por perdida la definición del campo de juego, aceptando alguna de las dos posibilidades que se le ofrecen: competir en la pugna por gestionar mejor esa realidad o combatirla desde un moralismo inofensivo.

Contra los administradores oficiales del realismo hay que defender que la política no es mera administración, ni mera adaptación, sino configuración, diseño de los marcos de actuación, adivinación del futuro. Tiene que ver con lo inédito y lo insólito, magnitudes que no comparecen en otras profesiones muy honradas pero ajenas a las inquietudes que provoca el exceso de incertidumbre. El tipo de acción que es la política no opera únicamente con meras reglas de la experiencia, con las enseñanzas cómodamente almacenadas entre lo sabido. Quien sea capaz de concebir esta incertidumbre como oportunidad,

verá cómo la erosión de algunos conceptos tradicionales hace nuevamente posible la política como fuerza de innovación y transformación. Es urgente llevar a cabo una redefinición del sentido y de los objetivos de la acción política a partir de la idea de que en ella se conoce, es decir, se descubren aspectos de la realidad y posibilidades de acción que no pueden percibirse desde nuestras prácticas rutinarias y nuestros debates preconstruidos.

Los humanos seríamos otra cosa sin esa capacidad de “futurizar”, de proyectarse hacia el futuro y anticiparlo en términos de imaginario, expectativa, proyecto y determinación. Esa inquietud que nos hace desear, esperar y temer es la que nos permite relacionarnos con el futuro en sus diversas formas. Si no se educa, esa anticipación funciona destructivamente: se atrofia, nos convierte en fanáticos, en temerosos sin motivo, en demasiado crédulos... La relación con el futuro se ha de cultivar, como lo hacemos con las demás aptitudes humanas. Aunque no lo solamos formular así, ni lo recoja de este modo ningún currículo educativo, toda la educación, el trabajo de las instituciones, nuestra socialización en general tiene, entre otros, el objetivo de configurar en cada uno de nosotros una relación correcta con el futuro, lo que también puede predicarse de la sociedad en su conjunto. Hay sociedades que se relacionan patológicamente con su propio futuro, mientras que otras lo tratan de una manera razonable y provechosa.

La esperanza –ese sentimiento o afecto humano que regula nuestra relación con el futuro- no es una ilusión consoladora ni una resistencia terca frente al aprendizaje que procede de la decepción bien aprovechada. La esperanza razonable se distingue del optimismo blando que alimenta la ilusión en la misma medida en que se cierra al conocimiento de la realidad. *Los esperanzados están siempre preparados para lo peor. Su confianza en la vida no tendría mucho valor si no hubieran sobrevivido a decepciones en el pasado, del mismo modo que el conocimiento de que el futuro traerá nuevas decepciones demuestra la continua necesidad de la esperanza... La falta de previsión, una fe ciega en que las cosas acabarán siempre bien, constituye un pobre sustituto de la*

disposición de hacer frente a las cosas precisamente cuando no van bien (Lasch).

Por esta razón se malentende radicalmente la esperanza cuando se la contraponen al conocimiento, como hace Rorty. Sostiene el filósofo ironista que la renovación política no puede hacerse a partir de una descripción de hechos. Para eso es necesario, nos dice, describir tu país en términos de lo que apasionadamente esperas que llegue a ser, la lealtad a un país soñado más que a aquel al que te despiertas cada mañana. Pienso, por el contrario, que esa contraposición es letal y perpetua la idea de que conocer o describir bien la realidad es paralizante, mientras que toda la fuerza transformadora se concentraría en el deseo, tanto más movilizador cuanto menos tenga que ver con la realidad. Si esto fuera así sólo podría esperar quien ignorara la tragedia de la historia y la dureza de la realidad. Lo único que nos salvaría de la desesperación es la huida hacia la acción y el optimista sería un ignorante o alguien que suspende voluntariamente el principio de realidad para no desesperar.

Pero, como ya apuntó Adorno, en su defensa de la buena teoría frente a la impaciencia de la praxis, el activismo no nos cura de la *necea sabiduría de la resignación*. La esperanza no es ilusión sin conocimiento. Si tenemos derecho a seguir esperando es gracias a la convicción de que los ideales de verdad y justicia tienen algún valor de explicación de la realidad y alguna viabilidad en este mundo; que en la lógica de las cosas puede coincidir, al menos en parte, con la lógica de los valores. Un cínico es alguien que ha sustituido la esperanza por el conocimiento, mientras que un iluso es quien sustituye el conocimiento por la esperanza. Si existe algún motivo para, pese a todo, seguir esperando es porque no estamos condenados a elegir entre la ingenuidad y la resignación. Evitemos el dilema ruinoso entre una esperanza sin experiencia y un desencanto sin aspiraciones, como si no nos quedara más remedio que elegir entre estar ciego frente a las limitaciones o reprimir nuestros mejores deseos.

La esperanza nos enseña a tener cuidado con las expectativas. La falta de confianza crónica

en el sistema político tiene menos que ver con la capacidad de las instituciones que con la hipertrofia de nuestras expectativas. Aunque la política haya sido despojada de la aureola de las hazañas heroicas, las visiones mesiánicas de los proyectos sociales movilizados se han transformado en decepciones enfáticas o en planteamientos apocalípticos. En el desánimo vive latente una expectativa defraudada con la que no se ha aprendido a convivir. Para ello la política tiene que aprender a gestionar postheroicamente la decepción y entenderla como un espacio de posibilidades abiertas. Las decepciones inevitables plantean nuevas exigencias y nuevos desacuerdos que son un impulso para la evolución social. Por eso definiendo un escepticismo más bien optimista, que tiene pocas cosas seguras pero muchas por posibles. Podría hablarse en este sentido de una esperanza democrática, que no es ingenua ni demasiado confiada, que tiene la suficiente decepción a sus espaldas como para no fiarse excesivamente en las promesas pero a la que esa experiencia no le impide aspirar a lo mejor.